EL PROGRAMA

DEL IMPERIO

POR

E. MASSERAS

REDACTOR EN GEFE DEL "COURRIER DES ÉTATS-UNIS"

"La Francia es la única nacion que combate por una idea....
"El porvenir demostrará que la espedicion de México ha sido el acto político mas grande de mi reinado."

NAPOLEON III.

"....Me apresuraré á colocar la monarquía bajo la autoridad de leyes constitucionales, tan luego como la pacificacion del pais se haya conseguido completamente. La fuerza de su poder se asegura, á mi juicio, mucho mas por la fijeza que por la incertidumbre de sus límites, y yo aspiro á poner, para el ejercicio de mi gobierno, aquellos que, sin menoscabar su prestigio, puedan garantizar su estabilidad.
"Nosotros probaremos, así lo espero, que una libertad bien entendida se concilia perfectamente con el imperio del órden."

EL EMPERADOR MAXIMILIANO.

MÉXICO
SE ESPENDE EN LA "LIBRERIA MEXICANA,"
Esquina de los Portales de Mercaderes y Agustinos.

MAYO DE 1864

TIPOGRAFIA DE ANDRADE Y ESCALANTE,
CALLE DE TIBURCIO NUM. 19.

El autor de estas páginas no se halla en México sino de muy pocos dias acá, y acaso se le tache de presumido al elevar su voz en un país adonde tan recientemente ha llegado.

Pero de quince años á esta parte combate en las filas de la prensa americana, defendiendo ideas, creencias é intereses de la raza latina. Durante todo ese periodo ha seguido de cerca la marcha de los acontecimientos en el Nuevo Mundo, y se ha visto constantemente llamado á ocuparse de un modo mas ó menos directo, de las cuestiones que á él se refieren. Ha presenciado el apogeo y la decadencia de la gran república anglo-sajona. Ha sido testigo inmediato de la catástrofe colosal en que la Union zozobra, y ha palpado, por decirlo así, los escollos en que se la vió naufragar. Ha estado, por último, en aptitud de penetrarse íntimamente de las grandes miras y de los nobles móviles que presiden á la política de la Francia en este continente.

Ha creido que tales antecedentes autorizábanle á tomar la palabra en momentos en que nada es inútil de cuanto pueda ayudar á presentar bajo su verdadero aspecto al nuevo imperio mexicano.

I.

En todas las cosas de este mundo—ora sean obra de la naturaleza, ora lo sean de la mano del hombre—hay un periodo de alumbramiento y elaboracion lleno de incertidumbres, y hasta de angustias dolorosas á menudo. El árbol no da en un dia sus frutos; el monumento ideado por el arquitecto no se levanta sino tras años de labor; el hombre no llega á la plenitud de su vitalidad sino al traves de las largas y dudosas fases de la infancia y la juventud.

Esta ley de gradual desarrollo se aplica á todo; no hay ley mas universal ni absoluta. Rige los hechos del órden moral no menos imperiosamente que los del material; la vida pública como la privada, y á las comunidades como á los individuos. Y, mientras mas grande, fuerte y durable debe ser lo que se trata de crear, mas lento y penoso es el trabajo preparatorio, más sacrificios impone y mayores ansiedades provoca.

Secundar ese trabajo por medio de un esfuerzo mesurado é inteligente, sobrellevar con fortaleza sus lentitudes y sus pruebas y aguardar sus resultados con paciente confianza en el porvenir, es el único medio de asegurar su progreso y de darle toda su fecundidad. Querer, por el contrario, precipitar sin medida su marcha, cambiar á cada instante su direccion so pretesto de apresurarlo, tratar de sustituir la accion de la violencia á la del tiempo, es pre-

parar un aborto inevitable, atrasar la consumacion de la obra y hacerla diez veces mas laboriosa si no imposible.

El error fatal que ha cometido México y cuya hora de reparacion ha sonado, ha consistido precisamente en lanzarse en el segundo de estos sistemas, en carecer de perseverancia y en buscar el progreso en el cambio.

Cuando hace cuarenta años, convertido en árbitro de sus destinos á consecuencia de una lucha heróica, tuvo que escoger su via, no supo hacerlo con la tranquila y razonada determinacion que se propone un fin y marcha imperturbablemente hácia él sin dejarse vencer de los obstáculos ni desalentarse en los momentos críticos. Creyendo que su conquistada independencia debia darle instantáneamente la grandeza en la libertad, no tuvo ya respecto de sí mismo á otro dia de la victoria la constancia que habia desplegado en el combate. Irritóse de no poder alcanzar en su primer impulso, el ideal que habia soñado, y se persuadió, ó se dejó persuadir, de que tenian la culpa de ello los hombres á quienes habia puesto á su cabeza. ¡Impaciencia generosa en el fondo, pero que, no por serlo debia conducir menos á las mas funestas consecuencias, apartando á la nacion del ya abierto camino para lanzarla en los azares y aventuras de sendas trasversales en que no haria otra cosa que estraviarse cada dia mas! Veinte veces creyó salir de ellas cambiando de guia y direccion; veinte veces pagó cada momento de esperanza con nuevo desengaño, y no podia ser de otro modo.

Desde el punto, efectivamente, en que un pueblo ha dejado crear en su seno grupos de hombres acostumbrados á especular con su versatilidad, los ciudadanos mejor intencionados pierden toda facultad de obrar bien. Si por ventura llegan á empuñar las riendas del gobierno, es para vérselas arrebatar casi inmediatamente, por las manos interesadas en perpetuar el desórden público.

Impulsada sin tregua y crecientemente por el ardor febril que una vez la hizo desviarse del camino recto; aniquilada por los padecimientos y desengaños que sufre; no sabiendo ya qué creer ni en quién confiar, la masa de la nacion acaba por dejarse caer con una especie de indiferencia desesperada, en brazos del primer aparecido que la gana, sorprende ó esclaviza.

A este punto habia llegado México.

Ahora bien; un pueblo, cuando llega á ese grado de abandono de sí mismo, no halla probabilidades de regeneracion y salvacion sino en un elemento gubernamental del todo nuevo, que le ofrezca punto de union, le rehabilite á sus propios ojos al mismo tiempo que á los del mundo, disuelva las banderías rivales que alternativamente le dominaban, y las obligue á volver al seno de la nacion reconstituida desde la base hasta la cima.

En la situacion dada, este elemento tutelar no podia venir ya sino del esterior. Buscarlo en el interior habria sido esponerse á ciencia cierta á ver abrirse de nuevo sin cesar el abismo de lo pasado. No podia, al mismo tiempo, presentarse sino bajo la forma de un régimen definitivo, cuya permanencia cortase de raiz las agitaciones ambiciosas que todo poder de limitada duracion fomenta en torno suyo.

El Imperio, trae, pues, á México su salvacion en las condiciones únicas en que era posible su salvacion en lo sucesivo.

Diversas causas han contribuido á prolongar mas allá de las previsiones la primera etapa que debia conducir á aquel fin: por una parte la resistencia de intereses egoistas y personales ambiciones que preven que va á acabar sin remision su reinado; por otra parte prevenciones exageradas ó erróneas, respetables, con todo, en lo que tienen de sincero; acaso tambien errores inevitablemente cometidos, y en los cuales han hallado los malintencionados pretesto para

fomentar la mala inteligencia: circunstancias puramente accidentales han tenido parte, asimismo, en la demora. Como quiera que sea, el periodo que debia preparar el porvenir queda felizmente salvado, y las mismas lentitudes que en él hubo, no dejan de haber tenido su lado bueno, puesto que han traido al pueblo mexicano al sentimiento de aquella ley de marcha progresiva de que acabamos de hablar y que habia perdido de vista. El pueblo ha podido convencerse de que una obra seriamente concebida, no por dejar de improvisarse en un dia ni por hallar obstáculos imprevistos ó atravesar horas de aparente vacilacion, llega menos á su fin.

II.

La inauguracion del Imperio trae consigo desde luego dos grandes resultados:

Pone fin al régimen provisional instalado hace un año.

Demuestra con la autoridad del hecho consumado, que la intervencion francesa no tenia otro móvil ni otro objeto que el enteramente desinteresado que desde un principio proclamó.

Este doble hecho está llamado á ejercer influencia inmediata, tan decisiva cuanto feliz, destruyendo las dudas que alimentaba el pusilánime espíritu de algunos, y haciendo callar las suposiciones que propagaba la malevolencia de otros. Desde ahora es dable palpar sus efectos en la nueva corriente de ideas que se manifiesta desde que fueron sabidas oficialmente la aceptacion definitiva del trono por S. A. I. el archiduque Maximiliano, y su próxima llegada á tomar posesion del gobierno. El pais sale, con vi-

sible consuelo, de la prolongada equivocacion que ha sido, en sustancia, la gran dificultad de la situacion de un año acá.

Tal equivocacion se referia á uno de estos dos puntos. Muchos rehusaban creer en la ausencia de toda segunda intencion en la política de la Francia; número todavía mayor de gentes se preguntaba si se debia considerar á la administracion provisional, establecida por la fuerza de las cosas, como la última espresion del régimen que la intervencion traia á México.

El primero de estos errores alarmaba las legítimas susceptibilidades del instinto nacional; el segundo oscurecia el horizonte del nuevo órden de cosas. Uno y otro hallaban su fuente en esa impaciente disposicion del espíritu público, que le hace tomar el momento actual por único punto de mira.

Con mayor hábito de llevar la vista mas allá de lo que pasa para sondear lo que se prepara, el pueblo mexicano habria comprendido que la Intervencion, al instalar la Regencia, nunca entendió ni podia entender que la convertia en espresion ó punto de partida de un sistema político definitivo. Su único objeto habia sido ilustrar y tranquilizar el sentimiento nacional, dejando la direccion de los negocios bajo la bandera mexicana, de modo que mostrase que no venia á imponer al pais ni una conquista estranjera, ni un régimen colonial. Esta idea habia sido comprendida desde luego. Pero se habia contado con un periodo de transicion apenas sensible, y á que seguiria de cerca el prometido porvenir. En presencia de los retardos de fuerza mayor y de diversa naturaleza que ha sufrido la realizacion de las esperanzas concebidas, una vaga inquietud fué gradualmente reemplazando la confianza del primer momento. A medida que el tiempo trascurrió, fué haciéndose tanto mas viva cuanto que no faltaban gentes interesadas en esplotar la ansiedad pública, induciendo á creer en un desengaño

calculado, tras el cual habrian querido hacer entrever un desenlace amenazador á la independencia del pais.

El mismo gobierno interino no podia dejar de resentir las enojosas consecuencias de esa larga dilacion para la cual no estaba preparado. Colocado en cierto modo en la situacion como una simple piedra de enlace, su accion se hallaba estrictamente limitada á las medidas de urgencia cuotidiana. No le era permitido tomar iniciativa alguna en las vitales cuestiones cuya solucion casi instantánea habia esperado el pueblo. Complicaciones inevitables tenian al cabo que surgir de ese estado de cosas que ni era ya el pasado ni podia ser todavía el porvenir. Aparecieron, en efecto, y vinieron á dar creces al progresivo malestar de la opinion.

Las interpretaciones que se procuraba difundir acerca de la inesperada duracion del *interim*, hallaban, por otra parte, ánimos prevenidos y malaventuradamente inclinados á admitirlas, en razon de la persistencia que ha habido en negarse á creer que la espedicion de México no ocultase algunas miras ambiciosas de la política francesa.

Injusto seria dirigir por ello un reproche á la nacion mexicana, cuando este modo de ver ha sido constantemente el de una gran parte de la Europa, y cuando en la misma Francia se empieza apenas á comprender la vasta y fecunda política del Soberano. La guerra de Crimea y la de Italia habrian debido, sin embargo, enseñar á juzgar mejor la elevacion de miras y la profunda y perseverante prevision que guian al Emperador de los franceses y que en él se sobreponen á las mezquinas y egoistas combinaciones del interes inmediato. Esta política de inmensa trascendencia, que sin cesar va buscando el porvenir mas allá del presente, es, en verdad, cosa del todo nueva, y precisamente á causa de ello hace fracasar las apreciaciones comunes. Pero aquí la idea resaltaba hasta tal punto en su

grandeza, y era tan perceptible en sus consecuencias, que hay razon para sorprenderse de la obstinacion con que se ha querido hallar en otra parte el pensamiento íntimo y la significacion de la empresa.

Nada mas sencillo en efecto.

El genio perspicaz y la mano enérgica que han vuelto á formar el haz deshecho de la raza latina en Europa, han querido completar su obra, levantando esa misma raza en el Nuevo Mundo al rango que le pertenece. Para ello preciso era ante todo detenerla en la pendiente por donde iba á su ruina; sacarla de la anarquía que amenazaba convertirla el dia menos pensado en fácil presa de sus adversarios; crearle un centro de union á cuyo derredor pudiera venir á agruparse á fin de recobrar fuerza y nueva vida. En esto reside todo el secreto de la intervencion en México y de la creacion del Imperio. Quien quiera que sepa leer en los acontecimientos y seguirlos exento de toda preocupacion, ha podido convencerse de ello de largo tiempo atras.

Amargamente es de sentirse que la penetracion de lo que decimos no haya venido antes; pero al presente, al menos, á nadie es ya lícita la duda. En la actualidad se sabe que, lejos de pensar en la esclavitud de México, la Francia ha querido únicamente ponerlo en aptitud de presidir á la gran labor de la regeneracion hispano-americana. La ruta queda abierta; el guia llega; la nacion, devuelta á sí misma no tiene que hacer otra cosa que rodearlo y seguirlo confiadamente para asegurar el buen éxito.

III.

No venimos á lisonjear el presente haciendo el proceso del pasado. Hasta esperamos que ya se ha podido ver cuán sincero es nuestro esfuerzo por referir los hechos á su trascendencia general, sin ocuparnos de cuestion particular alguna. En esto abrigamos la conviccion de obedecer á la idea fundamental del Imperio. El nuevo régimen no viene á apadrinar las querellas, las pasiones ni las reclamaciones de tal ó cual partido.—Por el contrario, su mision es imponer silencio á las recriminaciones, aplacar las animosidades, aproximar los intereses hasta aquí disidentes, para reunir en un haz todas las fuerzas vitales de la nacion, con vista del porvenir á que deben cooperar en comun bajo la direccion del Soberano.

Indispensable es, sin embargo, formar en unas cuantas palabras el balance de estos cuarenta años de República, cuyo oneroso legado va á recoger el Imperio.

La aurora de la independencia rayó sobre un territorio de 210,000 leguas cuadradas, sembrado de ciudades opulentas, de innumerables pueblos, de campos en que reinaban por completo la abundancia, el órden y la seguridad. México tomaba su lugar entre las naciones con una perspectiva que fundadamente podrian envidiar aun los países mas favorecidos de la Providencia. En él habia el gérmen y los elementos de todas las prosperidades lo mismo que de las grandezas todas. Las instituciones que le habia legado el gobierno de la antigua metrópoli no exigian otra

cosa que ser modificadas con inteligente gradacion, para determinar un progreso agrícola, industrial, mercantil y marítimo, en cuya comparacion acaso hubiera sido inferior el de los mismos Estados-Unidos. El crédito público de la jóven nacion se fundaba en tales recursos, que debia parecer inagotable. Su solo nombre, en fin, era á los ojos del mundo sinónimo de riqueza y de porvenir sin límites.

Tendamos hoy la vista en nuestro rededor.

Del vasto dominio nacional de 1823, cerca de una mitad ha pasado á manos estrañas. Tejas y sus pastos sin rival, la California y sus tesoros, el Nuevo-México, el Valle de la Mesilla, han ido sucesivamente á engrosar el patrimonio de la raza anglo-sajona, sin mas compensacion que un óbolo irrisorio, inmediatamente devorado por las exigencias de un erario exhausto. Y tal vez sin la intervencion habriamos en breve asistido á un nuevo fraccionamiento.

Lo que la paz pública ha llegado á ser, no tenemos necesidad de decirlo; lo dicen por sí mismos los tristes y sobradamente voluminosos anales de una guerra civil permanente.

Con ella han naufragado, por consecuencia inevitable, la seguridad de las poblaciones y el espíritu de empresa que tal seguridad engendra. Las ciudades se han deteriorado; los pueblos se han disminuido en vez de agrandarse, y esto los que no han desaparecido por completo; los caminos medio destruidos han llegado á ser el espanto del viajero; los campos están sembrados de ruinas y esplotaciones abandonadas. La industria ha seguido la misma marcha de retroceso. La inmigracion estranjera, rechazada en vez de atraida, ha dejado de acarrear al país los fecundos recursos que vierte en las comarcas nuevas y que constituyen la condicion esencial de su desarrollo.

La hacienda pública ha agotado todos los espedientes conocidos sin hacer otra cosa que cavar un abismo cada

vez mas difícil de llenar. Con arbitrarias contribuciones que á un mismo tiempo acaban con las relaciones esteriores y con la produccion y el comercio indígenas, el erario mexicano habia llegado al estremo de no ser ya conocido en el esterior sino por las reclamaciones acumuladas en contra suya.

La decadencia política ha caminado paralelamente con todo lo demas. Estaba reservado á México ofrecer el raro y contradictorio espectáculo de un país en que el elemento militar daba la ley, y que, sin embargo, no tenia ni ejército ni marina en estado de hacerlo respetar en el esterior. Aun en el continente americano, donde estaba llamado á ocupar el segundo rango cuando menos, México habia dejado de figurar como potencia. Las que no codiciaban una parte de sus despojos, lo dejaban desdeñosamente á un lado, presa de sus disensiones intestinas, sabiendo que estas le impedian darse á temer, y no teniendo ya motivo alguno para solicitarlo.

No queremos llevar mas adelante el bosquejo de este cuadro aflictivo, en que la vista encuentra por todas partes la decadencia. Lo hemos evocado, preciso es repetirlo, por haber sido necesario á nuestro objeto y no por vana complacencia de sacar á plaza entristecedoras imágenes. Todavía menos, repitámoslo tambien, pretendemos hacer surgir una idea de responsabilidad especial y erigirnos en acusadores de un hombre ó de un partido cualquiera. En esa labor de desorganizacion y de ruina, que dura desde hace cerca de medio siglo, sin tregua casi, la inesperiencia, las circunstancias, las irreparables consecuencias de un primer error, han entrado por la mayor parte. Si tales ó cuales hombres han hecho lo demas, nuestra mision actual no es la de juzgarlos. Nos limitamos á hacer constar resultados patentes á todo el mundo, preocupados tan solo de la manera de aplicarles remedio.

IV.

El remedio, lo hemos dicho—se halla en un gobierno estable, y no podria hallarse fuera de él. Respecto de este punto, al menos, está de acuerdo todo el mundo.

A los que apegándose á la ilusion de una palabra, sienten que el título de República desaparezca del frontispicio de la historia mexicana, preguntaremos si en su conciencia y entender la República podia dar al país esa estabilidad que ha llegado á ser la suprema condicion de su salud.

Les preguntaremos aun mas.

¿Califican con entera sinceridad de República esa anarquía perpetua en medio de la cual se cuenta apenas un gefe del ejecutivo regularmente electo, que haya sido reconocido por el país todo, ó á quien sus rivales hayan dejado llegar al término normal de sus funciones? ¿Creen sinceramente que importe un golpe al principio republicano la cesasion de ese juego del "Presidente destronado," en que el gobierno pasaba de unas manos á otras sin que la comunidad tuviera que ver en ello? ¿Es, sobre todo, sincera su afliccion al ver que se pone fin á un estado de cosas en que la vida, la libertad y la propiedad de los ciudadanos habian perdido toda seguridad; en que la fortuna adquirida y los servicios hechos al país no contaban con la menor garantía; en que las poblaciones habian llegado á ser juguete del azar y de las miras particulares de un corto número de individuos; en que, por último, la única ley era casi siempre el capricho de los poderosos del dia?

¡No! La República es otra cosa que esta sucesion caprichosa de gefes proclamados por sí mismos ó derivando su mandato de un simulacro de eleccion que los condenaba á ser instrumentos provisionales de un partido, en vez de ser los administradores del bien público.

De la República no ha conocido México sino el nombre y la sombra; ó, mas bien, ha tenido de ella precisamente lo necesario á suministrar á los ánimos inquietos la ocasion y el pretesto de incesantes agitaciones.

La inauguracion del Imperio no le quita, de consiguiente, aquello que jamas ha tenido. Diremos más: el Imperio le trae, de hecho, lo que constituye la esencia de la República en la acepcion pura de esta palabra, y lo que la República nominal bajo la cual ha vivido hasta aquí, no supo darle.

La trae la libertad mas verdadera, sólida y preciosa de todas las libertades: la que encuentra cada ciudadano bajo la egida tutelar de una ley sola, precisa y definida, igual para todos, y que todos están seguros de hallar mañana tal como era ayer.

Con la garantía de la facultad de recurrir á la ley; con el poder civil vuelto de un modo permanente á su esfera legítima; con la magistratura restablecida en su autoridad inviolable y en su normal gerarquía, es libre un pueblo, sea cual fuere la forma esterior de su gobierno. Fuera de estas condiciones, no lo es jamas, porque fuera de estas condiciones no hay mas que la arbitrariedad, cualquiera que sea el título de que se la quiera revestir.

A esa libertad primordial, en efecto, se ligan cuantas constituyen la plenitud de los derechos del individuo en la comunidad: la libre disposicion de su persona, de su trabajo, de sus bienes; la independencia en las relaciones de los ciudadanos entre sí y en las que tienen con el poder; el recurso contra la injusticia; la facultad de defen-

der respecto de todos y contra todos sus inmunidades naturales como tambien su posicion social.

Las libertades políticas son, á su vez, la consecuencia mas ó menos inmediata, mas ó menos gradual, pero infalible, de la libertad civil. Esta, desde el momento en que queda asegurada, trae consigo la participacion de cada ciudadano en las cuestiones públicas, bajo la forma de libre discusion personal desde luego, y despues por el intermediario de la representacion nacional.

En una palabra, el régimen de la legalidad, desde el momento en que se halla firmemente establecido, reasume en sí mismo todas las garantías colectivas y particulares, trazando á cada uno sus derechos y sus deberes por medio de una línea que nadie puede traspasar impunemente y que todos están en aptitud de hacer respetar.

Obramos, de consiguiente, con estricta verdad, asegurando que el Imperio dará al país lo que jamas le dió la República, y esto no solo bajo el aspecto social, sino tambien bajo el político.

Las palabras pronunciadas por el nuevo gefe del Estado al aceptar definitivamente la corona, constituyen una prenda formal á este respecto. Pero, aun fuera de tan solemne declaracion, lo que acabamos de decir, brota de la naturaleza de las cosas con fuerza tal, que no necesita aguardar la autoridad de una confirmacion oficial.

Napoleon III ha dado á la palabra *Imperio* nueva significacion que nada podria ya quitarle. Este título, que antes implicaba la idea esclusiva de gobierno absoluto y sin responsabilidad, implica en lo sucesivo, donde quiera que surja, la íntima alianza del principio democrático y progresivo de los tiempos modernos con el principio conservador de la estabilidad gubernamental. El ejemplo dado por la Francia desde hace doce años, es un precedente destinado á convertirse por su potencia moral en regla general y obliga-

toria del mundo entero. Ya hemos visto al Austria arrastrada á seguirlo, otorgando á sus poblaciones franquicias parlamentarias que les habia obstinadamente rehusado. La misma Rusia asombra al mundo entrando á grandes pasos por esta via que parecia estarle cerrada para siempre. En América, el Brasil imperial acaba tambien de suministrar la medida de lo que puede realizar una monarquía cuerda, decretando sin convulsiones la abolicion de la esclavitud, que la república de los Estados-Unidos está aún por conquistar, al precio de una revolucion que acaso importe su ruina.

La parte tomada por el Emperador de los franceses en la fundacion del Imperio mexicano, y la voluntad nacional de que el archiduque Maximiliano ha querido derivar sú mandato, imprimen á la nueva era que va á abrirse, un sello de orígen cuyo sentido no podria ser dudoso á espíritu alguno de buena fe. Un régimen fundado en tales bases no puede ser un régimen retrógrado, enemigo de las libertades públicas. Su papel, trazado de antemano, es, por el contrario, el de cimentarlas y estenderlas, estableciendo entre ellas y el reinado del órden, la armonía sin la cual son palabra vacía de sentido.

V.

Las discordias civiles han dividido á ciertas partes de la nacion en campos hostiles, y al resto en grupos recelosos, acostumbrados á vivir en natural y constante desconfianza. Trátase, ante todo, de aproximar unos á otros esos elementos, convertidos casi en heterogéneos, y traerlos á que se fundan en un todo, para reconstituir la union nacional.

Ardua y delicada es la tarea; pero acaso su dificultad se exagera, y exige menor esfuerzo del que se teme para ser llevada á feliz término.

Por el solo hecho de que en nada se liga al pasado, el Imperio ofrece á todos un terreno neutral, donde pueden encontrarse de nuevo sin sacrificio de amor propio ni de principios, si no para tenderse la mano desde luego, al menos para discutir lealmente los motivos de sus disidencias. Traéles, ademas, un árbitro ilustrado dispuesto á prestar oido imparcialmente á unos y otros, y cuya divisa, adoptada de largo tiempo atrás, les promete "la equidad en la justicia."

Dáse á entender que tal ó cual partido se rehusará aun á esa aproximacion preliminar, ó le pondrá condiciones de antemano inaceptables. Puede que así sea en el primer momento, porque pasiones que están en efervescencia de tantos años atrás, no se calman de un dia á otro. Pero solamente los malos ciudadanos podrian persistir en tal actitud cuando el nuevo gefe del Estado haya hecho comprender que no exige del pueblo sino aquello que él mismo le trae: cooperacion sincera y consagracion ilimitada al bien público. Llegando con la firme intencion de no ver en nadie enemigos, sean cuales fueren los antecedentes, tendrá derecho á esperar de parte de todos la suspension de sus recíprocas hostilidades y una franca tentativa de transaccion. Su primer palabra será para pedirla.

Esta invitacion tendrá en sus labios un sentido y un carácter enteramente nuevos, puesto que no se dirigirá ya, como hasta aquí se hizo, á ciertas categorías sociales, ni mucho menos á ciertas individualidades particulares, sino á la masa toda de la nacion, sin distincion ni escepcion de especie alguna. El Imperio llamará á sí á todo el mundo, con tanta mayor autoridad, cuanto que con nadie tiene que tratar. Ahora bien: un ejemplo ilustre y decisivo ha de-

mostrado cuán poderosa palanca, cuán seguro auxiliar es el pueblo para el soberano que sabe hallar el camino de su confianza, dándole la suya y apoyándose directamente en él.

Cimentando su gobierno en esta ancha base, es como Napoleon III ha podido atravesar las horas mas críticas de su reinado, sin dejar de ser dueño de su política, y sin tener que preocuparse de las influencias especiales que antes de él entorpecian á cada paso la marcha del pais, á causa de la necesidad de capitular con ellas. Hechas á un lado por esa atrevida é inteligente iniciativa, las banderías que se habian acostumbrado á considerarse como rodajes indispensables, se han visto en la alternativa de aceptar á perpetuidad un aislamiento estéril y sin gloria, ó de fundirse poco á poco en el gran movimiento público, para tomar en él su papel normal. Sábese cuál ha sido el resultado.

Lo mismo sucederá en México.

Acaso no se deba contar con un movimiento tan espontáneo en respuesta al primer llamamiento. De tanto tiempo atras la mayoría de la nacion ha abdicado toda participacion en la vida política, que deberá esperimentar un momento de sorpresa y vacilacion al verse llamada á ella otra vez. Pero la apática indiferencia en que parece haber caido, se deriva esencialmente de la instable y precaria condicion en que lleva tanto tiempo de vivir. En un estado de cosas en que nunca se está seguro del dia siguiente, fácil es concebir que los ciudadanos pacíficos se curasen poco de mezclarse en acontecimientos que no tenian probabilidad alguna de dirigir, y cuando el único resultado de su participacion en ellos habria sido quedar comprometidos á las cuantas horas. La prudencia habia convertido la abstension en regla de seguridad personal, radicada gradualmente en las costumbres. Pero con la desaparicion de las causas que la habian producido, esta situacion moral debe modificarse rápidamente. A la voz del soberano, anun-

ciándole una era nueva, el pueblo mexicano desechará su indecision con tanta mayor presteza, cuanto que el lenguaje que oiga, ejercerá en su vivaz y móvil naturaleza la influencia de lo imprevisto.

Al lado de este despertamiento social, aparecerán incuestionablemente resistencias y abstensiones sistemáticas. Los partidos estremos que el Imperio viene á poner bajo el pié de la igualdad ante la ley, no abdicarán sin un postrer esfuerzo la esperanza de aniquilarse mutuamente, que la antigua anarquía les permitia conservar siempre. Creemos, con todo, que los mas obstinados todavía, presto comprenderán que nada tienen que ganar y que tienen que perderlo todo en una lucha desigual ó en la ostentacion de un enfado pueril contra un régimen resuelto á pedir su fuerza y su libertad de accion al apoyo general, y no á tal ó cual alianza de partido.

Los que heridos en lo que consideran como las tradiciones inviolables del pasado, creen tener derecho á un enderezamiento, verán que el mas seguro, ó mas bien el único medio de obtenerlo, consiste en ayudar al soberano en su tarea reparadora, y ponerle lo mas pronto posible en aptitud de hacer respetar la justicia hácia todos.

Los que colocados en el estremo opuesto no creen posible el progreso sino por medio del trastorno, reconocerán que la primera condicion de las reformas durables, estriba en un poder bastante fuerte para garantizar su desarrollo gradual é impedir las reacciones.

Los unos hallarán en la satisfaccion dada á sus reclamaciones legítimas, la compensacion de los sacrificios que puedan imponerles las necesidades del tiempo y la fuerza de los hechos irrevocablemente consumados.

Los otros se verán obligados á admitir que la revision de ciertos actos que adolecen de violencia ó de abuso, resulte, en definitiva, en provecho de los principios de pro-

greso, depurándolos y ratificándolos por medio de una sancion legal.

Si algunos, sin embargo, cerrando los ojos á la evidencia, persistiesen en pedir al Imperio ó el ciego restablecimiento de las cosas del pasado, ó su destruccion brutal, no tardarian en convencerse de que la moderacion no escluye la firmeza en un gobierno resuelto á adoptar por única regla de conducta la medida exacta de lo que exige el verdadero interes general.

No llegarán allá las cosas; tenemos la persuasion íntima de ello. El peso de la opinion, prontamente adherida al nuevo gobierno por la confianza en sus intenciones, bastará para imponer silencio á las pretensiones inmoderadas que desde luego pudieran surgir. Pero, llegado el caso, importa que se sepa que el gefe del Estado se halla resuelto á hacer respetar de todos los partidos indistintamente, el programa de transaccion que les haya trazado. La energía que tenga que desplegar á este respecto, no deberá ahorrarle menos las maquinaciones ocultas que las rebeliones abiertas. Dejar seguir la turbacion en los ánimos, es una debilidad muy poco menos peligrosa que tolerar la perturbacion violenta de la paz pública. El gobierno, guardian tutelar de esta, debe desde sus primeros pasos, hacer á un lado cuanto pueda comprometerla, por medio de la conciliacion si esto es posible, ó por medio del rigor si llega á ser necesario.

VI.

El trabajo de fusion que trayendo la buena armonía entre las clases todas, debe al mismo tiempo asegurar la calma moral y la tranquilidad material del país, marchará,

necesariamente al par con la reorganizacion general á que se consagrará sin dilacion el Imperio.

Uno de los errores que han causado la desdicha de México, ha sido creer que la marcha toda de una nacion está subordinada á la solucion de tal ó cual cuestion especial, y que mientras dicha cuestion se halla pendiente debe absorber por completo la vida pública. El nuevo régimen demostrará lo contrario, llevando adelante la solucion de las dificultades políticas del momento y la inmediata formacion de las bases permanentes en que trata de asentar el edificio del porvenir. Con ello librará al espíritu público de una agitacion estéril para lanzarlo á una actividad fecunda, lo sustraerá al imperio esclusivo que han ejercido en él las pasiones ó las preocupaciones de partido, para orillarlo á la obra del progreso práctico; por último, restablecerá en su conjunto el mecanismo social, á fin de que las ruedas todas recobren en él con su lugar y objeto normales la perdida costumbre de funcionar de acuerdo. Este es el medio mas sencillo y al mismo tiempo mas seguro de que todo vuelva insensiblemente al órden, y de restablecer un movimiento general que arrastre consigo todos los obstáculos secundarios.

La situacion en que el Imperio halla á México es debida, en efecto, casi esclusivamente á la confusion establecida entre los elementos constitutivos del gobierno. En vez de la accion regular y colectiva que deben ejercer el Clero, la Magistratura y el Ejército bajo la direccion y vigilancia del Ejecutivo, estos poderes habian llegado á un estado permanente de antagonismo en que cada cual procuraba la supremacía para sí solo. Así es cómo se daba vueltas en un círculo vicioso, de donde habia llegado á ser imposible salir, siendo impotente el partido victorioso del dia, cualquiera que fuese, á restablecer el equilibrio político roto por la misma victoria.

El Imperio va á hacer volver á cada uno de los grandes cuerpos del Estado á la esfera que le pertenece; á trazarle de nuevo los olvidados límites de ella, y á garantizarle su inviolabilidad en compensacion. A ninguno será ya permitido invadir el dominio de otro ó procurar dominarlo; pero cada cual sabrá que es señor absoluto en el círculo de sus atribuciones; si pierden la probabilidad de estenderse, no correrán ya el peligro de verse apocados. Asegurada así su independencia recíproca bajo la mano del gefe del Estado, hará de ellos lo que deben ser; los guardianes de la Religion, de la Ley y del Orden y los protectores unidos de la comunidad.

Para conseguir que cada cual recobre el rango y el papel que le son propios, no es necesario tocar de modo sensible alguno á la gerarquía existente ó á las prerogativas legítimas de los unos ó de los otros. Los que pudieran haber concebido temores á este respecto, se sorprenderán, por el contrario, al reconocer cuánto gana un poder en prestigio, dignidad, influencia y libertad de accion limitándose al dominio que le pertenece, y cómo la cooperacion que entonces presta á la obra comun del gobierno le realza á los ojos de la nacion.

La autoridad que se ejerce y el respeto que se obtiene en virtud de los derechos propios, crecen en razon directa del respeto que se muestra á los derechos y la autoridad de los demas.

Volver á poner en práctica y en estima esta gran máxima en la cumbre de la sociedad es de importancia tanto mas urgente, cuanto que no solo debe contribuir á facilitar la pronta reorganizacion del gobierno. Así como la anarquía de las ideas ha provenido de arriba, es de arriba de donde debe partir el ejemplo de la vuelta á las sanas tradiciones. Desde el momento en que las masas vean á los ministros de la Religion, á los representantes de la Ley y

á los agentes de la Fuerza respetarse mutuamente y ayudarse entre sí en vez de combatirse, la obra de la moralizacion pública, que espanta hoy á tantos ánimos rectos, se hallará casi espontáneamente consumada. El bien, por mas que se diga, es contagioso como el mal.

De la vuelta mas ó menos rápida de las clases gobernantes al sentimiento respectivo de sus derechos y deberes, dependerá igualmente el desarrollo de la libertad política. Mientras el gefe del Estado tenga derecho de sospechar que la antigua levadura de agitaciones ambiciosas subsiste aún, hasta se pondria en pugna con la mision que viene á desempeñar, despojándose en proporcion demasiado grande de la iniciativa personal necesaria á un mismo tiempo para hacer el bien é impedir el mal. Cualquiera que sea su deseo de devolver por completo á la nacion la vigilancia de sus destinos, preciso le será establecer prudente gradacion en las instituciones constitucionales que trae al país. Abrir desde luego y sin límites la arena de los debates parlamentarios, por ejemplo, importaria lo mismo que mantener en los hombres acostumbrados á esplotar en provecho propio las sobrescitaciones todas, la esperanza de que aun durase tal vez su reinado. Ahora bien; precisamente la conviccion contraria es lo que se trata de inculcarles, no dejando á su alcance ni tentacion ni medio de volver á sus perniciosas intrigas.

No es esto decir que el nuevo régimen deba hacer aguardar á México la restitucion de los privilegios de una representacion nacional hasta el dia en que haya dado la última mano á su obra. No podria darla todo su desarrollo y solidez cabal sino con la colaboracion y el apoyo del pueblo. Está, de consiguiente, mas interesado que nadie en convocar al pueblo á su rededor, en la persona de sus diputados, y no dejará de hacerlo, ciertamente, tan luego como haya pasado la primera emocion pública inseparable de un

cambio tan grande. Pero todo el mundo comprenderá que seria ilusorio haber puesto fin á la anarquía esterior si se debiese complacientemente abrir el recinto de un congreso á las pasiones y los rencores que por tan largo tiempo han constituido su alimento. No solo no podria resultar legislacion alguna eficaz de la demasiado brusca aproximacion de esos irreconciliables antagonismos; sino que cualquiera discusion, fuese cual fuera el tema, se convertiria para ellos en ocasion de volver á empezar la antigua lucha en nuevo terreno. Entorpecerian así á cada paso la marcha del gobierno en vez de secundarla; y esto de un modo tanto mas irremediable, cuanto que las trabas provendrian menos de una idea de razonada oposicion, que del incesante despertamiento de los antiguos odios, de las antiguas preocupaciones y de los antiguos hábitos batalladores, sobre todo.

Un periodo de reserva y de educacion preliminar, por decirlo así, es, pues, doblemente indispensable. Las masas necesitan aprender á manejar el arma electoral por sí mismas y en el sentido de su propio bien; los grupos políticos que hasta aquí han agitado al país sin gobernarlo, necesitan olvidar los procedimientos del pasado. Preciso es, ante todo, dar tiempo á la nacion de que comprenda la diferencia que hay entre las grandes frases y las grandes cosas; fortalecer su buen sentido contra las seducciones de la palabra; ponerla en aptitud de discernir claramente lo que hablar quiere decir, antes de destruir definitivamente las barreras que el reposo público exige se pongan á la tribuna al mismo tiempo de levantarla.

El Imperio no pretende realizar el sueño imposible de un gobierno sin oposicion. Acaso no lo querria, aun cuando lo pudiese, porque la oposicion no es temible sino para los débiles y los tímidos; viniendo, por el contrario, á ser un guia precioso y hasta un punto de apoyo para los poderes

perspicaces y fuertes. Lo que cede, corre riesgo de hacer caer, en tanto que lo que resiste sostiene. Pero esto es á condicion de que se trate de adversarios que tengan por sí mismos conciencia de lo que quieren ó no quieren, y que no procuren cerrar el camino por el solo gusto de hacerlo impracticable para todos. A aquellos puédeseles dejar en todo tiempo la libertad de la palabra y de la pluma; si hacen uso de ellas para combatir ciertos actos ó tendencias, será de buena fe y con la mira de ilustrar, no de destruir. No podria suceder lo mismo respecto de los malvados ó los incapaces, quienes no empuñarian las armas de doble filo de la publicidad sino para herir á diestra y siniestra, con razon ó sin ella.

El programa político que las circunstancias trazan al nuevo régimen, tiene á este respecto, grandes analogías con el que Napoleon III ha realizado tan admirablemente en Francia. Resúmese en tres puntos: tomar á la masa misma de la nacion por base y punto de apoyo; reorganizar y clasificar las fuerzas gobernantes en sus esferas respectivas para concentrar en seguida sus esfuerzos en una accion comun; reservar al soberano una amplia iniciativa, dándole por contrapeso cuerdamente graduado la estension de las libertades públicas y de las prerogativas populares.

En otros términos: cada poder en su lugar y en su latitud normal, deberá contribuir con su parte de fuerza, de accion ó de censura á ese gran todo que se llama el gobierno, y cuya mas imperiosa condicion de existencia estriba en no permitir á nadie el que constituya un Estado en el Estado.

La eleccion de los hombres destinados á secundar al nuevo soberano en esta grande obra, tendrá necesariamente importancia considerable. La cualidad esencial que haya que exigirles, será menos la eminencia del talento que la rectitud de intenciones y una elevada probidad. En cuan-

to á los antecedentes políticos, nada tienen ya que ver en un órden de cosas cuya principal divisa es un cabal rompimiento con el pasado. Bueno es, con todo, que no coja de nuevo lo que pudiéramos llamar equivocaciones de personas. La opinion debe estar sobre aviso para no juzgar precipitadamente de la significacion que parezca tener tal ó cual parte del séquito imperial. Solo despues de haber estudiado por sí mismo las cosas y á los hombres podrá el gefe del Estado, con pleno conocimiento de causa, elegir á los auxiliares de su difícil mision. Las gentes honradas le irán en ayuda, saliendo de la demasiadamente larga abstension en que se han atrincherado respecto de los negocios públicos, para llevarle su cooperacion. Deber es este de todo buen ciudadano, y no podrá ya desviar de él ni dispensar de cumplirlo en lo sucesivo, el temor de afiliarse en un partido dado. Trátase de ayudar á la regeneracion nacional, á la rehabilitacion del país en el esterior, y al desarrollo de su prosperidad en el interior. Tarea nueva es esta y que exige la cooperacion de hombres nuevos.

VII.

De ninguna manera convendria que la frase de "clases gobernantes," empleada varias veces en las precedentes páginas, se interpretara como implicando alguna idea de distincion aristocrática. Es una simple designacion colectiva bajo la cual hemos querido abrazar el conjunto de los cuerpos constituidos que en toda organizacion política, sea monárquica ó sea republicana, concurren á la administracion del país. En el mismo interes de su autoridad, los miembros que los componen deben necesariamente ocupar

un rango aparte en la escala social; pero solo en razon y en la medida de las funciones que ejercen, y no en virtud de privilegio alguno especialmente conferido, semejante á los que distinguen á la aristocracia nobiliaria. En cuanto á esta, no habria razon de preocuparse con la idea de que pueda venir á entronizarse en México á la sombra de la nueva forma que va á tomar el gobierno.

Tal forma, ya lo hemos dicho, trae consigo todo lo que es contrario á la vuelta hácia las cosas de otro tiempo.

El Imperio no es ya la República, es cierto; pero, si es el advenimiento de un principio dinástico, es tambien el de otro principio cuyo monopolio ha reclamado largo tiempo la República, sin saber ponerlo en práctica; es el advenimiento de la democracia, en el sentido intrínseco de la palabra: el gobierno pór el pueblo y para el pueblo.

Esta verdad brillará en todo su esplendor desde el punto en que los estudios preliminares indispensables permitan al nuevo soberano abordar las medidas de progreso práctico.

Estas medidas tienen que recorrer un campo de tal modo vasto, que reformar tantos abusos y que reemplazar tantas cosas existentes por las que deben existir; tienen tanto que destruir y que crear, que no se debe creer que hayan de ser improvisadas como por medio de un cambio de decoracion teatral. Para que produzcan todos sus frutos se necesita darles tiempo de que maduren. Pero desde su primer desarrollo se reconocerá cuán eminentemente democrático y nacional es el sello que están destinadas á llevar.

La República ha dejado al país una administracion de justicia casi ilusoria, aun para el rico, á causa de sus complicaciones, lentitudes é incertidumbres; y absolutamente nula para el pobre, á causa de lo alto de su precio.

El Imperio pondrá al alcance de todos la facultad de

recurrir á la ley, simplificando á un tiempo mismo la ley y los procedimientos; determinando de un modo exacto la jurisdiccion respectiva de los tribunales; asegurando á sus decisiones las garantías de imparcialidad y durable autoridad que hoy les faltan; creando esa magistratura auxiliar, accesible á toda hora y sin costo, que ha llegado á ser en Francia una verdadera Providencia para las masas, siempre ciertas de hallar en ella justicia inmediata, paternal y gratuita.

La República, esclusivamente preocupada del cuidado de buscar al erario los recursos mas fácilmente realizables para los gobernantes del dia, habia sacrificado á esta consideracion los principios todos de la sana economía política.

El Imperio sustituirá á ese régimen de espedientes ruinosos un sistema hacendario, cuyas amplias y sólidas bases permitirán levantar de nuevo rápidamente el caido edificio del crédito público.

La República no ha sabido sino improvisar á la aventura impuestos del momento, siempre mal calculados, onerosos en su mayor parte sin ser formalmente productivos, y muy á menudo arbitrarios, ó arbitrariamente repartidos.

El Imperio reemplazará ese caos fiscal con un conjunto de contribuciones regulares, equitativamente distribuidas, fijadas una vez por todas y equilibradas de manera que puedan crear al erario una renta regular, sin constituir para nadie una carga injusta.

La República habia descuidado sacar provecho de los ejemplos tan elocuentes dados en los últimos años por casi todos los paises europeos en materia de emancipacion comercial. La necesidad de estraer incesantemente de las cajas de la aduana, habia hecho olvidar que los derechos impuestos al tráfico deben tener antes que nada en cuenta el interes de la masa de los consumidores, cuerdamente combinado con el de la produccion indígena.

El Imperio atraerá á sus verdaderos principios á toda aquella parte de la administracion pública á que en el fondo se ligan las cuestiones mas vitales para la prosperidad de un país. Adoptando por regla fundamental el desarrollo gradual de la libertad de las transacciones, destruirá por medio de una prudente transicion las barreras que se han opuesto á ella hasta aquí, tanto en el interior como en el esterior; de modo que con el tiempo realice aquel grande axioma social, resúmen práctico de todas las conquistas democráticas de nuestro siglo: la mayor suma de bienestar posible para el mayor número y al menor costo que sea dable.

La República, por la perpetua inconstancia de sus instituciones y gobiernos, habia hecho poco á poco desaparecer cuanto debe servir de base á una comunidad bien organizada. La ausencia de toda garantía de estabilidad en los puestos públicos y muy frecuentemente hasta respecto de la existencia particular, habia hecho perder á los ciudadanos la aficion á esas carreras modestamente laboriosas que tienden al buen éxito por medio de la perseverancia y hallan en la consideracion general una compensacion de los favores que puede negarles la fortuna.

El Imperio despertará el sentido moral de la nacion y multiplicará sus fuerzas activas restableciendo la supremacía del trabajo paciente y concienzudo respecto de la vida aventurera, enseñándole de nuevo á preferir las satisfacciones del cumplimiento del deber, al dinero mal adquirido; y ligando á los servicios hechos á la cosa pública la recompensa de una existencia honorable y asegurada.

La República, por último, habia llegado á centralizarlo todo en manos de un pequeño grupo de privilegiados. El manejo de negocios y capitales, el aprovechamiento de los recursos industriales y comerciales del pais, la esplotacion del trabajo, habíanse convertido, como el gobierno mismo, en patrimonio casi esclusivo de un reducido círculo de hom-

bres más habiles ó favorecidos que los demas. Las masas parecian haber perdido hasta la idea de la posibilidad de tomar parte en los beneficios de la produccion y de la riqueza general.

El Imperio las llamará á la participacion que les pertenece en la esplotacion y el desarrollo de la fortuna nacional. Con la confianza, devolverá á cada uno su iniciativa individual, y con ésta el sentimiento de su valor y dignidad.

Todas estas trasformaciones, repetimos que no se consumarán de la noche á la mañana. Hay transiciones que evitar, elementos que reunir, derechos adquiridos que respetar, preocupaciones que vencer y hábitos contraidos de larga fecha á que sobreponerse. Podrá suceder que se tropiece con algunas resistencias irreflexivas procedentes de la desconfianza que lo desconocido inspira á los ánimos acostumbrados por una amarga esperiencia á ver con inquietud las innovaciones. Puédese, por último, hallar un obstáculo momentáneo en la esfera privilegiada de que hablábamos hace poco, y que no sin recelo verá poner fin á la especie de monopolio que á la larga habíase establecido en favor suyo.

Pero la obra que acabamos de bosquejar á grandes trazos es de aquellas que en sí mismas llevan un poder innato á que nada resiste. Una vez vencidas las primeras dificultades, tomará vuelo é irá por su propia fuerza desarrollándose con creciente rapidez. Todos reconocerán los beneficios que les acarrea, y los mismos que con mayor vacilacion la hayan acogido, sea por ignorancia ó por interes mal entendido, se unirán al esfuerzo comun para acelerar el buen resultado.

En el triunfo de esta democracia práctica, en efecto, todo el mundo tiene que ganar, escepto una minoría ínfima de malos ciudadanos que deberán quedar hechos á un lado en el aislamiento y la impotencia.

VIII.

Este bosquejo exigiria un desarrollo que no está en nuestra mano darle. Aparte de que nos habria faltado tiempo, habria sido preciso entrar en consideraciones y discusiones de detalle que traspasan con mucho los límites de un simple opúsculo de circunstancias.

Tal como aparece, confiamos en haber resumido en él de un modo suficiente por el momento, los rasgos generales del programa del Imperio, segun nosotros lo comprendemos. Tantos temores y esperanzas confusos se agitan en torno de la aurora del nuevo órden de cosas, que una esposicion, aun imperfecta, de su verdadero significado, nos ha parecido que podria no ser inútil. Aun cuando no hayamos logrado otra cosa que disipar ciertos errores, quedará llenado nuestro objeto.

El Imperio, segun nuestra conviccion, trae motivos de confianza á todo el mundo; motivos de temor para nadie.

El olvido de lo pasado, la reconciliacion general y sincera de los partidos; tal es el punto de partida.

La organizacion de un gobierno estable, apoyándose á un mismo tiempo en la Religion, la Ley y la Nacion; hé aquí el medio de accion.

La trasformacion moral y material del país por medio de una serie de reformas estensivas á todos los ramos de la administracion y de la economía política, constituye el fin propuesto.

La Democracia en el Imperio; hé aquí, por último, el santo y la seña.

Con esta cuádruple palanca, con la Francia por punto de apoyo, con el genio de Napoleon III por auxiliar, no hay decadencia que no pueda ser detenida ni ruinas imposibles de reedificar. Ahora bien; no obstante sus largas conmociones, México posee recursos de vitalidad que deben hacer comparativamente fácil la obra de su salvacion, por poco que la nacion tenga confianza en sí misma y en el soberano que viene á dirigirla hácia sus nuevos destinos.

Desde ahora, por lo demas, se puede vislumbrar la posicion que le reserva el porvenir si sabe penetrar en él resueltamente siguiendo las huellas de su guia. Apenas se puede decir que esté fundado el Imperio, y su prestigio naciente ha bastado ya para levantar la posicion hacendaria y política del país en el esterior.

¿Quién por otra parte, puede decir que no haya algo de providencial en la coincidencia que pone á México en la via de una regeneracion cuya esperanza le parecia apenas lícita, precisamente á la hora misma en que la grande Union americana se derrumba al choque de la guerra civil?

¿Quién conoce la parte que el Imperio mexicano pueda estar llamado á recoger en la herencia de aquella colosal prosperidad que constituia la admiracion del mundo y que demasiado probablemente los Estados-Unidos han dejado escapar sin remision?

A los que pudieran acusarnos de evocar sueños irrealizables, responderemos mostrándoles la Francia de 1864 al lado de la Francia de 1851. Verán allí lo que pueden hacer unos cuantos años bien empleados en la vida de una nacion.